

sobre una nube que la noche sostiene, y desde ella escucha inmóvil y erizándole el pavor la cabellera, el crujir de la tierra que en su nocturno movimiento arroja delante de sí á las tinieblas. Aquel rumor le hace volver en sí; vuélvese hácia Satan y juntos los dos se lanzan, vuelan, se precipitan sobre el monte de los Olivos, en busca del Mesías y de sus discípulos. De la misma manera hacen rodar pérfidos enemigos sus carros armados de afiladas cuchillas, en el valle donde los nobles guerreros esperaban tranquilos la señal del combate.



CANTO TERCERO.

ARGUMENTO. — Permanece el Mesías entre los sepulcros: aumentanse en su alma los padecimientos de la redencion, y baja Eloha de los cielos para contar sus lágrimas. — Los Patriarcas envían á uno de los serafines del sol á que vea á Jesus en el monte Olivete. — Allí encuentra el mensajero á los Angeles custodios de los Apóstoles, quienes le describen los caracteres de los elegidos del Señor. — Alucina Satan á Judas Iscariote con un ensueño que le confirma en sus criminales proyectos. — Despierta Jesus, que se habia dormido, y habla con sus discípulos. — Judas se mantiene espantado de ellos y acaba por alejarse enteramente. — Síguele Satan y continua induciéndole al crimen.



¡Yo te saludo, tierra, donde he abierto los ojos á la luz, y que en fin vuelvo á contemplar! Bendito

seas, ó mi suelo natal, que con tierna solicitud has de cubrirme cuando llegue el instante de dormir en la tumba que me preparas en tu puro y florido seno. Mas esa tumba, así me atrevo al menos á esperarlo, no se abrirá para mí hasta que haya terminado el cántico de la nueva alianza. ¡Oh! entonces ya pueden enmudecer los labios del poeta que ha osado cantar al Mesías; y cerrarse los ojos del hijo de Adán, que tantas lágrimas de gozo derramaron contemplando las nubes que nos ocultan la gloria de los cielos: ya pueden entonces los fieles amigos del vate depositar sus helados despojos en la cuna de la eternidad. ¡O vosotros, todos los que un día habeis de darme esa última prueba de afecto, sugieraos el cielo la idea de rodear mi tumba de siempre verdes palmas, de laureles cuyas flores sean mas hermosas, mas puras que la primera sonrisa de la inocencia; porque la resurreccion me parecería mas bella, si al sacudir las cenizas de la muerte, me hallase á la sombra de un bosquecillo cuyo suave perfume me recordara los tiernos cuidados de la amistad!

Y tú, Musa de Sion, severa como la justicia y sin embargo bondadosa, ya me has guiado á los infiernos y has vuelto á conducirme á la luz; pero nada has hecho aun si no tranquilizas mi alma estremecida por las horribles imágenes que ante ella acaban de pasar. Penétrela una sola de tus celes-

tiales armonías, y recobrará la fuerza que ha menester para cantar el misterio de la redencion.

Aun permanece el Mesías solo con Juan bajo las lóbregas bóvedas, donde Jerusalem deposita sus muertos; y sentado sobre un cúmulo de blanquecinos huesos medita, á la sombra de las alas de la noche, en sí mismo, Dios inmortal como su padre, y en la especie humana destinada á la muerte. Viendo está los pecados de los pasados y futuros tiempos, cuya infernal cohorte capitanea Satan; y viendo tambien como el espíritu del mal arrastra á los hijos de Adán cada vez mas lejos de las miradas de Dios, y las atrae hácia sí, y se los traga como la sima en medio de los mares abierta, cuando arremolinándose las aguas oprimidas en estrechos límites por sus demasiado cercanas é incontrastables orillas, atraen hácia sí y se tragan á las ondas de otro golfo vecino, y al imprudente nauta que ignorante del peligro las sulcaba con funesto descuido.

Destrozada el alma por esa profética vision, elevó Jesus el humilde y deprecatorio pensamiento, hasta su eterno padre, quien en aquel momento supremo le contemplaba desde su elevado trono de supremo Juez. Severa magestad brilla en el mirar del Eterno, porque va á pronunciar contra el Mesías la mas severa de las sentencias: mas una son-

risa de bondad inefable, de divina tristeza, dulcifica aquella espantosa severidad : una sonrisa, una lágrima diáfana, una lágrima del Eterno, la segunda que los cielos han visto brillar en la mejilla de su criador ! Vertió la primera cuando el pecado de Adan perdió al linage humano.

Brama la tempestad, tiembla la tierra, rugen los vientos, estremécense las mares en sus inmensos límites, los astros se velan con densas nubes, la naturaleza toda se horripila contemplando el mudo dolor del Padre, la sublime resignacion del hijo ; y los orbes penetrados de respeto y terror se detienen en su inmensa carrera.

Sobre plateadas nubes descende á la tierra Eloha, el primero entre los serafines ; llega á los sepuleros, se detiene cerca del Mesías, cuenta sus lágrimas y vuelve á subir á los cielos.

Levántase Jesus del polvo donde se habia prostrado, toca los ojos de Juan, y por un momento le da el poder de contemplar á los inmortales. Al aspecto del serafin en medio de todo su celeste resplandor, el bienaventurado discípulo se estremera ; y abrumado su corazon con el peso mismo de las delicias que siente, parece que quiere salirse del pecho ; sus brazos enlazan las rodillas del Mesías y por la vez primera le llama Salvador del mundo, y Dios eterno.

Horas hacia ya que los demas discípulos de Je-

sus, inquietos con su ausencia, se habian reunido al pié del monte de los Olivos. Solo uno de ellos se ha hecho indigno de su vocacion ; los demas llenos de inocencia y de candor ignoran los tesoros de virtud que en sus corazones se encierran ; pero los conoce el Dios que los ha creado para la eterna gloria , y antes de enviarlos sobre la tierra les ha hecho preparar sillas de oro entre los cuarenta asientos preferentes que los patriarcas ocupan en el cielo. Amontonáronse un día sombrías nubes sobre una de las aureas sillas, luego se dilataron en luminosos rayos, y la voz de Eloha pronunció estas terribles palabras : « Uno perdió su asiento en el trono de los elegidos : otro mas digno que él vendrá á ocuparlo. »

Los Angeles custodios de los discípulos del Mesías han ido á reunirseles en el monte olivete, donde invisibles para aquellos se preparaban á seguirlos, cuando un serafin, acabado de llegar del sol, se presenta en medio de ellos. Es uno de los cuatro genios que á las órdenes del sublime Uriel dirijen los movimientos de los astros : Selia es el nombre que los cielos le han dado.

« Celestiales amigos, dijo Selia á los ángeles custodios, ¿ no es esta la montaña donde padece el Mesías ? A él me envian las almas de los Patriarcas. ¡ Ay de mí ! ¿ Porqué ha ocultado tan pronto la tierra á la claridad del sol aquella de sus regiones

que el Salvador santifica? En vano continua Uriel despidiendo sus vivificantes rayos; caen esos sobre otro hemisferio para nosotros sin atractivos porque no es aquel en que el hombre Dios camina al ara del sacrificio. Mostradme, hermanos míos, el valle donde podré hallarle, y recogeré sus palabras, sus suspiros y sus lágrimas, para llevarlas al sol, desde donde no pueden verle nuestros santos patriarcas, porque la noche celosa le encubre á sus ojos. »

Y responde Orion, el custodio de Pedro :

« ¿No ves al que buscas allí al pié del Monte y á la entrada de los sepulcros? »

Viendo Selia al hijo del Eterno, cae en un éxtasis suavísimo : las nocturnas horas tienden sus negros mantos sobre el serafín ; ya dos de esas fugitivas mensajeras del tiempo se han perdido en la eternidad, y el enviado del sol continua inmóvil en su puesto.

Acércase lentamente á Jesús un sueño suave y dulce, el último de que ha de gozar sobre la tierra ; y la paz del justo enviada por el eterno esparce en torno del Elegido, sus mas aromáticos perfumes, le circunda con indecibles murmullos. ¡ El Mesías se duerme !

Vuelve Selia á unirse con los Angeles y les dirige la palabra con fraternal sonrisa :

« Decidme, os ruego, quienes son aquellos que

se pasean con lentitud al pié del monte. En sus rostros se ven señales de un dolor suave aunque profundo, que vela sus fisonomías sin oscurecerlas enteramente : así padecen las almas generosas. ¿ Lloran, sin duda, la muerte de algun virtuoso amigo? »

« Regocíjate, responde Orion, estás viendo á los doce bienaventurados discípulos que el Redentor se ha dignado elegir para amigos suyos, y cuya custodia nos ha confiado. Nosotros le vemos y le oímos cuando con tierna condescendencia procura por medio de imágenes tomadas de las cosas terrenas, iniciarlos en las virtudes inmortales. ¡ Ah Selia, si pudieras contemplarle en toda la plenitud de su amistad divina, la felicidad dilatara tu corazón ! ¡ Cuan grato es escuchar á los santos discípulos cuando conversan con su muy amado maestro ! Mas de una vez, en tales ocasiones, he deplorado el no haber nacido hijo de Adán ; porque si mi alma pudiera habitar un cuerpo perecedero como el que de la tierra ha formado para sí el Mesías, podría también morir por él ; y al exhalar mi último suspiro, tú, oh Selia, me guiarías de nuevo al cielo al través del mas bello de tus soles. »

Selia permanece absorto contemplando á los Apóstoles.

« Helos ahí, esclama, á esos amigos de Jesús

cuya gloria envidian los Angeles; y digna es de envidia porque el hijo del Eterno los trata como á hermanos; y un dia se sentarán en sillas de oro al redor de su trono; y con él juzgarán á los pueblos y á los Reyes de la tierra! Tiempos hace que he visto brillar sus nombres en las sagradas páginas del libro de la vida, sepa yo por vosotros quienes son los que llevan esos nombres. ¿ Quien es aquel del mirar de fuego que al parecer pregunta á cuanto le rodea por el amado maestro, cuya larga ausencia le llena de inquietud? »

« Ese discípulo, responde Orion, es el mayor entre los doce: Simon Pedro de quien soy custodio. A su lado estoy mientras con santo gozo escucha las lecciones del Mesías; y le observo tambien cuando lejos de este se abandona su corazon al presentimiento de los sublimes misterios que van á consumarse. Para apreciarle en lo que vale, seria preciso estar como yo en el fondo de su alma; y sin embargo, Jesus lo ha dicho, tres veces ha de negarle... ¡Revelacion funesta! O Pedro, mi amigo y hermano, cuando la oiste salir de la boca de tu maestro, juraste que jamás cometerias tal crimen; mas el Hijo del Eterno volvió á repetir las mismas palabras y dejó caer sobre tí una mirada de bondad inefable: el perdon brillaba ya en aquella sublime mirada. Desdichado Pedro, ¿ con que es inevitable tu pecado? Cual será el alma perfecta

que se atreva á responder de sí misma, pues que tú has de caer? Pero tambien ¿qué pecador deberá desconfiar de la misericordia de un Dios que de antemano perdona al discípulo que ha de negarle? »

Enternecido por el dolor de Orion, procura Selia consolarle:

« Si es preciso, dice, que caiga ese noble y generoso mortal, tambien volverá á levantarse mas bello, mas fuerte que nunca lo fué. Mas dime quien sea aquel que se le acerca con tierna solicitud.

« Su hermano Andrés, responde el custodio de este. Fué primero discípulo de Juan el precursor: con una sola palabra del Mesías se unió á él, y ahora está pronto á derramar por su maestro toda la sangre de sus venas. »

Designando á otro apostol que se acerca á los dos hermanos dice el angel Libaniel:

« Mira, Selia: aquel es Felipe. ¡Qué celestial serenidad embellece su semblante! Su corazon es todo amor, su pensamiento un himno nunca interrumpido á la gloria del Eterno. Bastarianle las dotes exteriores para conmovier y persuadir; y sin embargo ha recibido ademas el don de la elocuencia. De su boca salen las dulcísimas palabras que encantan, consuelan, y convencen, como el rocío cae del cielo al romper el alba matutina, como las flo-

res exhalan de sus calices los mas suaves perfumes al comenzar la noche.

— « ¿Y aquel que solo y silencioso se pasea á la sombra de los cedros? »

— « Es Santiago, hijo del Zebedeo; respondió su angel de la guarda. La ambicion del justo solo aspira á los triunfos del cielo : comparecer grande y sin mancha á la faz de las generaciones el dia en que salgan los muertos de sus tumbas, tal es el único deseo de Santiago. Sigue los pasos del Mesías, mas como un santo que ya presente su alto destino, que como un simple mortal; y el cielo, sensible á los votos de su alma divina, no tardará en cumplirselos. Pronto conseguirá una victoria brillante á vista de todo el universo : porque Santiago será el primero de los doce que consiga la gloria del martirio.

« Amigo Selia, dijo el angel Megidon, echa una mirada bondadosa sobre aquel mancebo que ves allá abajo sentado sobre una piedra : es Simon el cananeo, antes de ahora humilde pastor del valle de Saron ¹. Habiendo Jesus entrado en su modesta choza, Simon se apresuró á matar el corderillo que mas amaba para preparar con él la colacion del divino profeta; y cuando este le dijo : *sígueme*,

¹ Valle de Palestina célebre en la Sagrada Escritura. — T. F.

abandonó su rebaño, y se entregó enteramente al maestro cuya divinidad siente en su corazon, aunque su espíritu no alcanza á comprenderla. »

Y tomó á su vez la palabra el angel Adoram :

« Aquel que se aproxima en este instante á los demas discípulos es Santiago, hijo de Alfeo, cuyo porte severo y grave aspecto, son indicios de una virtud austera y de un caracter silencioso. Pocas lecciones darán sus labios á los futuros siglos, pero en cambio les legará en su vida grandes ejemplos que imitar. Podrán olvidarles los hombres : mas el Eterno le prepara sus mas bellas coronas. »

Y el Angel custodio de Tomas dijo :

« Mirad al joven que protejo salir de entre las sombrías rocas, donde su espíritu con frecuencia se extravía por entregarse á meditaciones superiores á sus fuerzas. En cada idea descubre otra nueva idea; y ya se hubiera abismado en el caos de sus pensamientos si el Mesías no se dignara llamarle á sí. Todavía, sin embargo procura su meditador entendimiento, profundizar los misterios de lo incógnito.

« Voy á instruirte y ahora del mérito singular de Mateo, dijo el divino protector de este á Selia. Criado en el seno de la opulencia, y amamantado con el amor al oro, una sola mirada del Mesías le arrancó á tan abyecta condicion. Así cuando la pa-

tria los llama se arrancan los heroes á los peligrosos encantos de la molición : ¡ pero no es mortal la gloria á que Mateo aspira ! Cada victoria de ese discípulo en la arena donde la virtud combate contra el pecado, será inscrita en los cielos. »

Mostró á Selia el angel Siona un anciano venerable en actitud meditabunda ; y dijo :

« Aquel es Bartolomé. La calma y la tranquilidad que se leen en su rostro, estan en perfecta armonía con su encanecida cabeza, henchida de sublimes pensamientos y de celestiales virtudes. Su vida, y su muerte mas que su vida, llamarán la atención de numerosos pueblos : porque en medio de su espantosa agonía se sonreirá con sus hermanos y con sus verdugos. ¡ Oh ! entonces, celestiales amigos, nos apresuraremos nosotros á enjugar su rostro ensangrentado para que los hombres puedan ver la sonrisa del martir, y aquella sonrisa la haga conocer que Dios murió por ellos. »

— « Aquel mancebo de la pálida frente y silenciosos labios es Tadeo, dijo el Angel custodio del discípulo de ese nombre : ni el alma de los Angeles es mas bella, mas amante que la suya. Cuando me ordenó el Eterno que la sacase del lugar que todas habitan antes de bajar á la tierra me trasladé al espeso y misterioso bosque que ya conoceis, donde encontré á la futura alma de Tadeo envuelta en una pacífica nube. Mas de una vez habia ya

escuchado nuestros lamentos y visto correr nuestras lágrimas por las humanas flaquezas, y esa tierna impresion de celeste melancolía fué desde su primer instante de existencia la facultad que en ella dominó. Confiésela con un suspiro á la brisa de la mañana que la condujo al lecho de dolor en que una madre gemia moribunda, y nació Tadeo. En vano aparté de su cuna todos los males que pasan sobre la infancia : lloró mas de lo que habitualmente lloran los mortales. Para él la adolescencia y la juventud tuvieron en vez de la irreflexiva alegría que las caracteriza, sinsabores y penas incesantes. Insensible á sus propios males, los agenos destrozaban su corazon ; y hoy, siendo ya discípulo del Mesías, su escesiva sensibilidad, se ha aumentado por el amor sin límites que profesa á su divino maestro. Te lo confieso, Selia, tiemblo por él : los terribles tormentos, la muerte cruel que va á padecer el Salvador, harán pedazos el corazon de Tadeo. Mirale : hácia nosotros dirige sus vacilantes pasos ; camina en busca de Jesus ; profundos suspiros agitan su seno ; y sus ojos, henchidos de lágrimas, no podrian vernos, aun cuando nos fuera lícito mostrarnos á los mortales. »

En esto llega Tadeo á donde estaban los Angeles que se dispersan ante aquel discípulo cuya boca lanza sentidos ayes ; de la misma manera que en una serena noche del mes de mayo se divide el aire